ALMA EN RUINAS

RELATO ESCRITO CON ENFOQUE DE NARRADOR SOSPECHOSO.
El narrador engaña al lector donde la historia no es como te la está contando desde el principio. El final es sorprendente. En algún momento se produce un punto de giro.

Todo cambió el día que murió mamá. Con su muerte se inició mi derrumbe y aunque esto ahora resulte tan evidente, en su momento no pude advertir el abismo en el que caería.

Heredé de ella su sensibilidad y un rostro que refleja las marcas que nos deja la vida, como consecuencia, he desarrollado una gran maestría en la técnica del maquillaje y el arte de ocultar emociones. Es éste el motivo por el que siento ese pudor de destape emocional con la psicóloga a la que acudo semanalmente.

Inicié la terapia porque el dolor comenzó a clavarse en el alma a modo de flashbacks que me llegaban de lugares u objetos de mamá y sobre todo a través de Emma cuyo cuidado se me hacía inabordable. Mentiría si dijese que antes no sentía dolor, pero contaba con ella y ahora estoy indefensa.

No puedo situar el momento concreto en el que avancé desde la angustia profunda hasta el delirio, por eso me veo obligada a mostrarle piezas sueltas a mi psicóloga, las que ella luego intenta ensamblar: yo, acurrucada, refugiada bajo las sábanas de las que Emma tira llorando. Yo, parapetada tras mis gafas de sol, encarándome a un grupo de adolescentes que graban con sus móviles. Yo y esas ideas que me asaltan. «La policía podría presentarse» pienso y me aterrorizo. Me encierro con las persianas bajadas. No duermo, no como, me llega el llanto de Emma bajo la mesa, el sonido del timbre, la voz de la trabajadora social en casa, oigo que la niña tiene que ir al colegio, oigo que David se compromete… Y los sucesos se encadenan, se multiplican y reflejan como en un caleidoscopio hasta obligarme a acudir a terapia.

David se implica también, es él quien me levanta.

—Arriba, no te puedes quedar ahí, ya lo sabes —me dice mientras retira la ropa de la cama y tira de mi cuerpo.

—Vamos vístete. —Y me ofrece el fular salmón que me da un toque de elegancia.

David me arregla, me ayuda con el maquillaje y juntos en el sofá repasamos la semana para preparar la sesión con la psicóloga.

Ella siempre me recibe acompañándose de comentarios sobre el tiempo o cualquier acontecimiento reciente.

—¿Qué tal Emma, se le fue ya el catarro? —pregunta según vamos tomando asiento.

—Sí, sí, mucho mejor y ya ha vuelto al cole. Tenía ganas, la verdad. Bueno, ella y yo. —Sonrío con una mueca nerviosa.

—Sí, claro que sí porque tiene a sus amigos…Y tú, ¿qué tal tu semana?

Siempre hablamos un poco antes de comenzar, lo agradezco porque la siento cercana y me relaja. Hoy la he notado satisfecha escuchando cómo voy recuperando mis rutinas y algo del apetito y del sueño. Se ha animado tanto que ha ideado una nueva tarea: esta semana llevaré una bolsita en cada bolsillo del vaquero, la de la izquierda con habas, vacía la de la derecha, cada vez que encuentre algo positivo pasaré un haba a la bolsa vacía para hacer el recuento al final de la jornada.

Vuelvo a casa con David que me espera. Le comento que he estado cómoda, que sé que a ella le he agradado y le he sabido esconder lo que no debía contar. Le oculto que he hablado de ese miedo que me asfixia y que he nombrado como indefinido.

La voz apremiante de David me exige que me apresure, que quiere comer pronto porque tiene que volver al trabajo. Dócil le pido un momento para cambiarme. Ya en la habitación me quito el fular frente al espejo y me toco las marcas rojas del cuello, «al menos, esta vez no he tenido que maquillar huellas en mi cara». Siento vergüenza y culpa por estar aquí, pero dónde ir ahora que mamá nos ha dejado sin salida. ¡Tengo tanto miedo por Emma! David sabe muy bien cómo atarnos a él.

—¿Qué pasa que tardas tanto? —me grita desde la cocina.

—Enseguida voy —le contesto con la voz salada por las lágrimas.

Paso un haba a la bolsa derecha, apunto en la libreta «hoy hemos comido juntos». Ya tengo algo positivo para la sesión de la próxima semana.

RGA

BASTET

RELATO ESCRITO CON ENFOQUE DE NARRADOR DEFICIENTE.
Los conocimientos que transmite son limitados, menos que los que tienen los personajes. No tiene la capacidad de comprender lo que sucede. Siembra la sensación de que faltan piezas del puzzle.

No había luna. La noche era muy oscura. A la luz de las escasas antorchas que rodeaban el inmenso jardín de palacio, se dibujaban las tenues sombras de aquellos tres individuos. Se deslizaban pegados al muro, como si la escasa luz y sus lentos movimientos les hiciesen aún más invisibles.

En silencio y procurando acallar el ruido de sus pasos sobre el mármol, fueron recorriendo el perímetro del muro que delimitaba la gran piscina de los nenúfares, del resto del palacio imperial del Faraón Hatshepsut, en Tebas.

Lenta pero sigilosamente, los tres llegaron al pórtico de entrada a las cámaras reales y quedaron petrificados. Sus ojos se dilataron por el terror.

Allí, y a los pies de la inmensa estatua de la diosa Bastet y sobre su elevado pedestal de granito de dos metros de altura, descansaba Hub la enorme gata negra del Faraón.

Agazapada a los pies de la estatua de su diosa, el animal los miraba fijamente con sus enormes ojos de color jade.

—¡Por Isis!, es la Diosa Bastet que se ha transformado en Hathor-Sejmet la gran leona y que viene a devorarnos por lo que vamos a hacer —tartamudeó el sacerdote Miagt.

—¡Viejo chocho y crédulo! —tronó el general Horeb—. Tan solo se trata de esa gata asquerosa y piojosa, que pasa el día enroscada a los pies de su dueña el Faraón. Mi espada dará buena cuenta de su indiscreción.

—¡Quieta esa mano Horeb! —murmuró el heredero al trono, cuya tez se había vuelto tan blanca como la pared sobre la que los tres apoyaban su espalda—. Miagt tiene razón. De todos es sabido que cuando Ra adivina la maldad de los hombres, ordena a la diosa Bastet que se convierta en la leona Sejmet y devore sus corazones impidiendo así que alcancen el otro mundo.

El terror del sacerdote fue en aumento, como delataban sus temblores. Tutmosis estaba paralizado y hasta el bravo soldado había perdido su confianza inicial, y es que la diosa les observaba fieramente a través de aquellos enormes ojos que brillaban como esmeraldas y que no apartaba su mirada ni un segundo.

—Malditos humanos —rugió el felino, que hacía un buen rato que había detectado sus movimientos y su olor—. Con sus temblores y sus cuchicheos ya van dos veces que me espantan a esa pareja de suculentos ratones que caminan por el borde de la piscina.

—Estoy maldito —dijo el sacerdote abatido—. Ra sabe de nuestras intenciones de matar al Faraón Hatsetsup. Mi corazón nunca alcanzará el otro lado.

—Estoy condenado —murmuró el general—. Bastet contará al Faraón nuestra intentona, y ello me costará la cabeza.

—Estoy perdido —susurró Tutmosis—. Mi madrastra sabrá esto y volveré a ser el eterno heredero sin posibilidad de asumir el trono durante muchos años más.

—Estoy hambrienta —gruñó la gata viendo desaparecer a los dos ratones por un agujero del muro—. Otra noche que me quedo sin cenar.

La luz del amanecer empezó a asomar por el este y los guardias de palacio se asombraron mucho al encontrar a tres altos dignatarios temblorosos y acurrucados junto al muro, y a un gato que maullaba fieramente. Parecía que el animal estaba realmente hambriento.

Luis Albero

DISNEYLAND, LA ILUSIÓN DE LOS NIÑOS

RELATO ESCRITO CON ENFOQUE DE PERSPECTIVA MÚLTIPLE.
Se trata de explicar varias veces un mismo relato desde puntos de vista diferentes. La verdad es la misma, pero cada uno la percibe a su manera y la cuenta como tal. De esta manera, se consigue una visión más completa sobre la historia narrada.

Elena no sabe lo que pasó en ese viaje pero, desde entonces, los niños nunca quieren ir con el padre. Cuando viene a recogerlos se le parte el alma de verlos marchar haciendo pucheros. Le pregunta al mayor:

—Alejandro, ¿por qué no quieres ir con papá? ¿Pasó algo en Disneyland?

Él niega con la cabeza y le asegura que nada había ocurrido. Al pequeño, a Marcos, tampoco le saca nada en claro. Por descontado, a Óscar no le puede plantear ese tipo de cuestiones; fue todo maravilloso y los niños se lo pasaron estupendamente. Se siente fatal, pero nada puede hacer más que respetar el régimen de visitas acordado por el juez.

A Erika, Óscar ya le puede prometer lo que quiera; la última jugada no se la perdona. Presentarse con dos niños en lo que pretendía ser un viaje romántico a París es lo que le faltaba por ver. Y, para colmo, el numerito que montaron delante de todo el mundo. ¡Qué vergüenza pasó! Vaya forma de estropear la escapada; porque, claro, fue nada más llegar. Nunca había visto berrear a nadie de esa manera, ¡qué escándalo! Y la cara de odio con la que los miraba aquella señora tan impertinente. Y la jeta que se le puso a Óscar todo el día. Y lo mal que les trató a todos, incluida a ella que no había hecho nada. No se lo piensa consentir; que se quede con sus niñitos y que a ella la deje en paz. ¡Pasa de esas historias!

Óscar piensa que la gente es una entrometida. ¿Qué le importaría a esa tía lo que le pasara a sus hijos? ¡Cómo se habrían puesto los condenados para que se formara ese revuelo! Mira que les había advertido que se estuvieran quietecitos y que no hablaran con nadie, que enseguida volvía. Pero no, no se podían estar callados. ¡Qué desgraciados! Parecía que lo hubieran hecho a posta para espantar a la pobre Erika, que se quedó alucinada, y con razón; llamándole por megafonía como si fuese un delincuente. Pero ¿cómo se iba a presentar ante ella con dos mocosos si ni siquiera le había dicho que tuviera dos hijos?

A Begoña la escena la dejó mal cuerpo para el resto del día; era imposible de ignorar. Dos niños de corta edad: de unos siete y cinco años, agarrados de la mano, llorando a moco tendido —en medio de una inmensa sala decorada con muñecos— solo podía significar que estaban perdidos. Y si hay algo que no soporta es ver a un niño llorar desconsolado, así que se fue directa a ellos. Resultó, además, que eran españoles y, en teoría, eso facilitaba mucho la comunicación. Pero, ¡qué va!, no le terminaba de quedar claro cómo era posible que, estando solos, no estuvieran perdidos; eran demasiado pequeños para eso. Sobre todo porque era evidente que se sentían abandonados. Por fin, consiguió que el mayor —que era el que claramente estaba al cuidado del menor (que lloraba más bien por contagio del hermano)— le contestara a su insistente pregunta. Le chocaba que, a pesar de que llevaban un rato parados, ninguno de los adultos que les rodeaba diera muestras de reconocerlos.

—Pero ¿dónde están vuestros padres?

El crío se decidió a contar que su padre había ido a recoger a su novia y les había dejado ahí esperando. Begoña intentó tranquilizarlos diciéndoles que no se preocuparan, que

enseguida volvería; aunque, la verdad, llegó a dudar de que lo fuera a hacer. ¿Qué clase de padre dejaba a dos niños de siete y cinco años solos tanto tiempo en un lugar donde había miles de personas desconocidas? Finalmente, apareció un tipo mal encarado acompañado de una jovenzuela desenfadada que, sin dirigirles a ellos la palabra, se fue a por los niños y les habló con gesto duro. No pudo oír lo que les decía porque ni siquiera se acercó a darles las gracias, solo les lanzó alguna que otra mirada asesina, pero estaba claro que no eran precisamente palabras de perdón y consuelo las que les estaba dedicando en esos momentos. Le entraron ganas de acercarse a recriminarle su actitud pero era consciente de que eso solo habría empeorado las cosas. ¡Pobres niños!

Alejandro ha decidido que Disneyland es un sitio horrible. Está asustado pero se ha propuesto no llorar. Si no hubiera llorado ese día su padre no se habría enfadado de ese modo. Desde entonces tiene pesadillas. Sueña siempre lo mismo: que están solos en medio de las calles y que no saben cuál es el camino para volver a casa. Cuando su madre le pregunta lo que le pasa no se atreve a contárselo, tiene miedo de que su padre se entere que se lo ha dicho. Les hizo prometer que nunca le dirían nada a ella. Y cada vez que viene a recogerlos les pregunta lo mismo:

—¿No le habréis dicho nada a vuestra madre?

Y, aunque ellos niegan con la cabeza, su padre parece no creerlos.

Belén Francés

EL GUARDIÁN DE LAS PALABRAS

RELATO ESCRITO CON ENFOQUE DE NARRADOR EQUISCIENTE MÚLTIPLE.
Es aquel en el que el punto de vista del narrador se encuentra fijado sobre varios personajes. Solo puede saber y narrar lo que los personajes perciben por sus sentidos, lo que sienten, lo que recuerdan y lo que expresan.

Matilde Parreño se había arrepentido de aquel viaje nada más aterrizar en Nuakchot. Ni la presencia de su sobrina le aliviaba del insoportable calor del desierto. Hacía un año que se había jubilado después de nueve quinquenios de trabajo en las bibliotecas públicas de Castilla La Mancha. Pese a que los libros habían sido todo su mundo, al abandonar el último Centro juró no volver a entrar en un recinto cerrado que oliera a papel. A partir de entonces perdió interés por todo lo que la rodeaba y se encerró en casa. Sentía que su vida estaba vacía.

Su sobrina Valeria era una mujer robusta, moderna, de apenas treinta y cinco primaveras. Adoraba a su tía, a la que consideraba como su segunda madre y compartía con ella su pasión por la letra escrita. Sufría al verla tan apática y resolvió llevarla consigo de viaje esperando que esto la ilusionara. El último día de viaje estaba prevista la visita a Chinguetti, ciudad sagrada medieval, construida en piedra y adobe, famosa por ser un centro neurálgico en la ruta de las caravanas transaharianas y donde todavía se mantenían en pie algunas de las más de doscientas bibliotecas que tuvo en su día.

—Vamos tía —le apremió Valeria—salimos en diez minutos a visitar la biblioteca.

Los noventa kilos de grasa bien distribuida de Matilde temblaron al unísono al escuchar tan aterradora proposición. Visitar una biblioteca en aquel lugar de cabras, abrasador y polvoriento era lo que menos le apetecía. Todo lo que quería era meter las piernas en un barreño de agua helada. Embutida en un vestido multicolor de manga larga, como imponían las normas, y con un sombrero de paja incrustado hasta las cejas, se movía con dificultad sobre unas piernas inestables e hinchadas como globos. Tía y sobrina se unieron al resto de los turistas, unos quince, que esperaban con impaciencia la anunciada visita.

Moussa, era un hombre tostado por el sol, de pelo ralo con bigote y perilla blanquecinos. Acuclillado y envuelto en la doble túnica blanca y azul que delataba su etnia, se apoyaba contra el muro de piedra de la casa que albergaba la Biblioteca. Observaba con curiosidad al grupo de viajeros que avanzaban titubeantes por el ardiente sendero. Era el quinto grupo de visitantes esa semana. «Todas las primaveras pasa lo mismo —pensó—. Es cuando más viajeros vienen». Se dijo que un ayudante le vendría bien.

Durante su infancia y hasta bien entrada la adolescencia había sido pastor de camellos una o dos veces a la semana. El resto del tiempo aprendía en la escuela prosa y poesía y acompañaba a su padre en la Biblioteca. Siempre le había gustado mucho aprender. No tuvo hijos y su mujer se había divorciado de él hacía unos años. Sus amigos habían muerto todos. El último se lo llevó el Atlántico cuando hace cinco años intentó cruzar a las islas españolas.

Ser Guardián le llenaba de satisfacción, no solo por continuar con la tradición (él pertenecía a la quinta generación de una familia de Guardianes), sino porque realmente Moussa debía a las palabras todo lo que era. Ellas le enseñaron a hablar, a escuchar, a soñar, hasta a preparar ungüentos medicinales buenos para el cuerpo y hasta para el alma. Enseñar la biblioteca a todo viajero que se acercara a la ciudad era su misión. La misión del Guardián de las palabras. También aprendía mucho de los viajeros. Aquella mujer, por ejemplo. Sus ojos se fijaron en

Matilde. En sus más de cincuenta años no había visto nunca una mujer blanca tan oronda como aquella, policromada de pies a cabeza, que, a duras penas, avanzaba debajo de un sombrero horrible de paja. «Se va a morir bajo este sol. ¿Por qué insisten en venir en junio? ¿Por qué no visten el blanco?»

Moussa miró directamente a Matilde cuando el grupo llegó a su altura y sintió que un calambre de reconocimiento ascendía por su espina dorsal. Supo que aquella no era una mujer común. Aquella mujer era como él. Conocía las palabras. Con la grande y pesada llave de hierro que portaba, y sin dejar de mirar a Matilde, Moussa abrió la vieja puerta de madera incrustada en el muro de piedra que daba la entrada al interior de la biblioteca.

Matilde, al entrar, vislumbró, a través de un polvo de siglos, tres simples y viejos anaqueles de metal, apoyados contra los muros de un pequeño recinto de no más de veinte metros, repletos de libros rotos y viejos de varios tamaños. Contó decenas de hojas sueltas, arrugadas algunas, roídas y sucias por los bordes todas, amontonadas y desparramadas por el suelo. Todas ellas estaban cubiertas íntegramente por elegantes caracteres árabes escritos en tinta negra y dorada que brillaban en la semi oscuridad de la sala. Moussa vió el horror pintado en la cara de Matilde ante todo aquel desorden.

«Aquí hay filosofía, historia, poesía, religión, todo tipo de religiones —aclaró Moussa—, incluso tratados médicos de los siglos XII y XIII». Paseó su mirada oscura y serena por aquellos cuerpos sudorosos arracimados en busca de la escasa sombra. «¿Quieren que les lea un poema? La carta que un guerrero enamorado dirige a su amada, por ejemplo».

Valeria buscó un buen lugar donde apoyarse en aquella sala y durante los siguientes cinco minutos sintió cómo la voz de Moussa, susurrante al principio, grave y armoniosa después, se iba transformando en aguda y fiera. En un primer momento, le pareció que el recinto se llenaba de dulces ecos, de misteriosos y sensuales acentos. Hasta le pareció oír el canto de los pájaros. Luego escuchó a esa misma voz entonar gritos de guerra, entrechocar de espadas, expresar dolor, muerte. Valeria no se movía, apenas respiraba. Percibió como aquella voz convocaba al pasado encerrado en aquella página deslucida, cubierta de arabescos trazados cientos de años atrás, que ahora sostenía el Guardián delicadamente entre sus manos.

Después de que el eco de aquella voz mágica y poderosa se apagara, todavía pasaron unos segundos antes de que Matilde fuera consciente de que Moussa había dejado de hablar. Mientras empezaba a moverse lentamente hacia la puerta, el Guardián se le acercó y le susurró en francés : «cuando en la batalla veo el brillo de la espada, estoy viendo la sonrisa de mi amor por la mañana; cuando en la batalla veo la sangre roja que fluye de la herida abierta por la espada, solo pienso en el color de los labios de mi amada …. ». Matilde sentía fija en ella la insistente mirada de Moussa. Respiraba entrecortadamente.

—Tía, ¿estás bien? —le preguntó Valeria.

—Sí cariño, muy bien. Pero creo que no voy a volver mañana contigo. Aquí hay mucho que hacer —le contestó Matilde sin dejar de mirar a Moussa. Había un brillo y una determinación en los ojos de su tía que hacía mucho tiempo que Valeria no había visto.

Moussa esperó que salieran y con una esperanzada sonrisa cerró la puerta detrás de ellas.

MAP

EL VIAJE DE MI VIDA

RELATO ESCRITO CON ENFOQUE DE NARRADOR PROTAGONISTA.

Cuenta su propia historia. Relata los hechos desde su punto de vista, comparte sentimientos, pensamientos y recuerdos propios, pero no sabe lo que piensan otros personajes. Esto significa que su conocimiento es menor al del narrador omnisciente.

Soy un Renault Ondine de color beige metalizado, uno de esos coches que, junto con mi hermano el Gordini, tan populares fuimos en los años sesenta. Éramos la competencia del famoso Seat 600, pero más amplios; no sé si por eso, por las leyes de esa misma competencia, a nosotros nos colgaron el sambenito de «coche de las viudas», porque al tener el motor trasero, decían que teníamos poca estabilidad y no éramos muy seguros en las curvas. No creo que eso fuera cierto, pero era una creencia arraigada, pues a mí, en cuanto llegué al garaje de mi comprador, me colocaron en el maletero una bolsa de arena, primorosamente confeccionada por su mujer, que se convirtió en un complemento estable, sólo sustituido cuando había que transportar maletas u otros elementos de peso, lo que no me hizo ninguna gracia.

Mi primer y casi único dueño era un señor de unos cuarenta y tantos años, padre de familia numerosa de las de antes. Me daba cuenta de que solía inspirar respeto a los que le conocían por su aspecto serio, pero a mi me encantaba su sentido del humor tan especial. No era de contar chistes y hacer bromas, sino más bien de hacer comentarios ingeniosos o simples asociaciones que resultaban cómicos.

Recuerdo una de las múltiples anécdotas que les contaba a la familia: en aquella época, con la explosión del turismo, algunas de las muchachas del pueblo iban a Mallorca a trabajar en los hoteles en la temporada de verano. En el proceso de selección solían preguntarle qué era lo que tenían que hacer

–Supongo que tendréis que hacer las camas, limpiar, barrer etc. –les respondía.

En una ocasión, ante las mismas preguntas y respuestas él añadió

–A no ser que tengas idiomas, en cuyo caso podrías trabajar en recepción

La muchacha muy interesada le respondió:

–¡Ah! Preguntaré a mi madre, por si tiene alguno guardado en un cajón.

Escucharles hablando de sus cosas me hacía sentir como un miembro más de la familia.

Yo fui su primer coche, lo que me llenaba de orgullo. Él había conseguido el permiso de conducir sólo unos meses antes y con la emoción de estrenarme decidieron hacer un viaje a Sevilla en Semana Santa, para hacerme el rodaje, decía. Así que cogieron a las dos pequeñas, de unos seis y nueve años, sus maletas, por lo que sacaron la bolsa de arena, y emprendimos camino.

Un viaje desde Castilla, antes la Vieja, hasta Andalucía no era moco de pavo, y las carreteras tampoco. Hicieron las necesarias paradas de descanso, para ponerme gasolina, para que las

niñas jugaran un rato, etc. La primera noche dormimos en Andújar, creo. Mientras las niñas dormían en el hotel los padres salieron. Pienso que estos ratos de libertad relajada eran para ellos una segunda luna de miel.

Por la mañana continuamos nuestro viaje a Sevilla. En el hotel les dijeron que tuvieran cuidado porque la carretera era muy mala. Salimos y, la verdad, la calzada era ancha y sin demasiados baches, no estaba muy asfaltada, pero el firme estaba bien; eso le llevó a decir a mi dueño:

–¡Qué exagerados son estos andaluces! mira que decir que esta carretera es mala.

Y tenía razón. Yo conocía las carreteras de nuestra zona y, francamente, eran peores.

Lo cierto es que sin darnos cuenta habíamos dejado de ver los carteles que señalaban la dirección de Sevilla y empezaban a aparecer los que indicaban Portugal. Un poco mosqueados y tras unos cincuenta kilómetros, más o menos, se decidió a parar a unos guardias de tráfico para preguntarles cuánto quedaba para Sevilla y…. tuvimos que volver al punto de partida y tomar la carretera correcta y….ésta sí era terrible: hasta se me salió la palanca de las marchas en un bache. Ya nunca volvió a decir que los andaluces exageraban, más bien se habían quedado cortos.

Hubo otros percances en el viaje, sin demasiada importancia, pero creo que a mi dueño se le quitaron las ganas de viajar, porque ya no volvió a conducir más allá de doscientos kilómetros. ¡Qué pena!, con lo que me gustaba sentir el asfalto bajo mis ruedas. Eso sí, me usaba a menudo para recoger a las niñas del instituto los fines de semana, en alguna excursión por los alrededores y para ir a la capital de vez en cuando. En aquellos días aún se podía atravesar la ciudad sin problemas ni atascos, lo que era una delicia, aunque algunas de sus calles estaban adoquinadas y yo sentía que iba dando saltitos cuando pasaba por ellas. Todo fue más agradable cuando mejoraron las vías de acceso a la ciudad para celebrar el Bimilenario del Acueducto.

Nos fuimos haciendo mayores juntos, los chicos se fueron a otros lugares, a estudiar primero y luego a vivir y los padres y yo salíamos a pasear al campo a recoger setas en otoño, espárragos en primavera y a disfrutar del paisaje el resto del año; cada vez que volvían me inundaba el olor a resina, tomillo, romero y otras hierbas aromáticas. Llevábamos una existencia apacible, hasta que empecé a resentirme del desgaste y mi dueño decidió comprarse un nuevo auto y cederme a su hijo, para que éste hiciera su rodaje cuando se sacó el permiso de conducir.

Después de más de veinte años juntos eché mucho de menos a mi primer dueño. Ya no volví a dormir en un garaje y no se me volvió a tratar con el mimo con el que lo había hecho aquel. Duré un par de años más y al final una avería me dejó en la carretera. Una grúa vino a recogerme y ya nunca volví a ver a ninguno de los miembros de «mi familia».

P.A.S.

LA DECISIÓN

RELATO ESCRITO CON ENFOQUE DE NARRADOR SOSPECHOSO.
El narrador engaña al lector donde la historia no es como te la está contando desde el principio. El final es sorprendente. En algún momento se produce un punto de giro.

Cuando Lola adoptó a Rosalía, que procedía de un centro de acogida de Madrid, tenía tres años y era distante y desconfiada. Le dio un lugar en su casa, un espacio confortable donde pudiera crecer y desarrollar todo su potencial. Le enseñó a hacer muchas cosas, especialmente a comunicarse. Le dio su amor y su corazón, para que ella se sintiera segura y querida.

El cariño entre ellas creció rápidamente, las caricias y las miradas formaban parte de su comunicación y entendimiento constante. La adaptación fue rápida y, cuando Rosalía cogió confianza, quería dormir con Lola todas las noches.

Rosalía era inteligente y curiosa, observaba con detenimiento a todo el que aparecía por casa. Le encantaba hacer ejercicio, saltar, correr, jugar; era un poco salvaje, pero muy fuerte y flexible. Parecía una gimnasta muy entrenada, con unos reflejos espectaculares, muy rápida y elegante. También era muy coqueta y limpia, se acicalaba varias veces al día.

A Lola le encantaba viajar, pero a Rosalía no tanto. Como poco a poco se había ido haciendo más independiente, cuando Rosalía cumplió quince años ya se podía quedar sola. Lola la dejaba en casa bajo la supervisión de su hermana, que vivía en el mismo edificio y podía pasar cada día para ver cómo se encontraba.

Pero Rosalía empezó a tener problemas digestivos. Al principio sin importancia, pero con el tiempo aparecieron las crisis que requerían más atención y cuidados, que Lola le daba sin dudarlo. Durante estos episodios necesitaba calmantes y en ocasiones había que ponerla suero, pero después se recuperaba. Cuando tenía estas crisis, acudía de nuevo a la cama de Lola para dormir con ella, eso le proporcionaba calma y conseguía dormir.

En uno de esos viajes, Lola se encontraba en Marruecos y su hermana la llamó y le dijo:

—Rosalía no está bien, ha tenido una crisis fuerte y ahora mismo está ingresada.

—Pero, ¿qué te han dicho? — preguntó Lola.

—No te preocupes, está controlada, solo quería que lo supieras, yo estaré con ella. Total, dentro de dos días vuelves. Ya te iré informando — le contestó su hermana.

Lola regresó al día siguiente a Madrid y, aunque Rosalía ya había vuelto a casa con un tratamiento, tenía ratos que se quejaba mucho. Comía mal y a veces deambulaba por la casa como si no encontrara consuelo en ninguna parte, a pesar de los calmantes que le habían pautado.

Lola se esmeraba en darle todos los cuidados que necesitaba con mimo y cariño. La bañaba, peinaba, le daba masajes suaves; pero Rosalía cada día tenía menos energía, estaba más delgada y apagada. Llegó un momento en el que solo quería comer jamón, pavo y alguna otra chuchería.

La tristeza y la pena se apoderaron de Lola, que ya no sabía cómo ayudarla. La vigilaba continuamente, solo salía a la calle para hacer las compras necesarias. Había compartido con ella veintitrés años, había

sido su compañera inseparable, su familia. No se sentía capaz de estar sin su compañía, de aceptar su ausencia.

Pero Rosalía era una gata común europea que había superado con creces su esperanza de vida. Y Lola sabía que, en cualquier momento, el veterinario le podría decir que debería tomar una decisión muy difícil para ella, algo de lo no se atrevía ni a hablar.

Charlotte

MAMÁ ES UNA PLASTA

RELATO ESCRITO CON ENFOQUE DE NARRADOR EQUISCIENTE MÚLTIPLE.
Es aquel en el que el punto de vista del narrador se encuentra fijado sobre varios personajes. Solo puede saber y narrar lo que los personajes perciben por sus sentidos, lo que sienten, lo que recuerdan y lo que expresan.

Mamá es una plasta, nunca me deja hacer nada. Además no tiene ni idea de nada, piensa que no debo llevar camisetas que enseñen el ombligo, ni llevar gloss. No veo qué mal puede hacer eso. Lo hace solo para fastidiarme porque es una plasta y una amargada. Todo el rato con el móvil. Como si nos fuéramos a creer que está trabajando. ¡Ja! No cuela, seguro que está hablando con sus amigos. Ay, qué rabia. Ojalá fuera como la mamá de Sofía, siempre tan guapa y arreglada. ¿Cómo se caminará con esos tacones tan altos? Me encantan, estoy deseando ponerme unos así. Pero primero tendré que convencer a mamá, tan, tan,... aburrida. Qui si isti is pitrirquidi, qui si isti is michisti. Es una *looser* integral. La madre de Sofía es mucho más molona, la deja venir aquí hasta tarde y salir por las noches, como aquella en que su amiga llamó a Manuel diciendo que Sofía estaba muy muy borracha. Yo le he dicho a mamá que aprendí un montón aquella noche y que jamás beberé alcohol, pero si tanta gente lo hace, no tiene que ser tan malo. Vale, no tanto como Sofía aquella noche, que tenía unas pintas horribles, no parecía ella, pero su madre no la regañó. No como mamá, que no deja salir tanto a Manuel. Si los dos tienen 15 deberían poder salir hasta la misma hora. A mí no me queda tanto ya, solo cinco años, bueno, casi cuatro. Sofía sí que mola, con su pelo larguísimo, tan liso y suave... y su gloss y su rímel. No me extraña que Manuel esté loco por ella. Me encanta cuando viene a casa, la observo sin que nadie se dé cuenta y luego la imito en el espejo. Aunque Manuel es otro plasta que se empeña en echarme de la habitación para quedarse solos. Yo creo que es para besarse. Puaj, ¡qué asco! Si me pongo un poquito de gloss a lo mejor mamá no se da cuenta. Qué raro que llamen al fijo, será la abuela Tere, es la única que lo sigue utilizando.

—¿Sí? Ah, eres tú. ¿Qué quieres? Vale, te la paso. ¡Marta! Es tu padre, quiere hablar contigo.

De verdad que este señor, que coñazo es, ¿es que no va a desaparecer nunca? ¿No se ha ido? ¿No me ha dejado? Pues que se vaya y desaparezca y no vuelva más. No quiero volver a verle en mi vida. Dios necesito llorar y gritar y, y, y terapia o… un polvo. Pero quién va a querer nada conmigo, 49 años, divorciada y con dos hijos. Pero ¿qué digo? Aguantar las gilipolleces de otro, ni loca. Las tonterías que se las aguanten en su casa. Y ¿qué les hago hoy de cena? Creo que tengo toda la ropa de mañana preparada. Como me vengan con que les falta un polo o una falda es que...¡No respondo! Estos niños malcriados que se creen que no tienen nada que hacer en la casa.
—¡Manuel! ¿Sacaste tu parte del lavavajillas? Pues ven a hacerlo ¡ahora mismo!
Van a acabar conmigo. Joder, otra vez el puto Simón. ¿Cómo le digo a este imbécil que mi jornada laboral terminó hace cuatro horas? «Eres tonto Simón, y no tienes solución». Jiji, siempre me acuerdo de esta canción. A ver qué mierdas quiere. Ah, vale, esto lo hago en cinco minutitos.
—Manuel ¡deja el móvil! Ya, pues dile a Sofía que tú tienes que estudiar aunque ella no dé palo al agua. Como si a estas alturas me preocupara lo que opine Sofía de mí. Hola, Sofía, mira Manuel te tiene que dejar porque va a estudiar un ratito, luego seguís hablando. Adiooos. Sí Manuel, tu madre es lo peor pero gracias a eso vas a tener un futuro.

Le envío esto a Simón y me pongo con la cena.

—Niña Petarda, fuera de mi habitación.
—Le voy a decir a mamá que estás hablando con Sofía por el ordenador.

—Y yo te voy a cortar las orejas y te las voy a hacer comer.
—¡Vale, me voy! Pero entonces no te vas a enterar de lo que me ha dicho papá.
—Uy, a lo mejor me muero.
—Ah, pensé que a lo mejor querías saber a dónde nos va a llevar papá esta Semana Santa.
—Al pueblo, como siempre y además si no deja que venga Sofía prefiero no ir a ningún sitio. Voy a hablar con mamá para quedarme con ella.
—Vale, tú quédate que yo me voy.
—Eh, Niña Petarda. ¿A dónde?
—Te vas a quedar con las ganas de saberlo, por echarme.
—Como vaya te voy a dejar un moratón que vas a estar llorando siete días seguidos.
—¡Mamaaa!
—No corras Petarda. Venga, dímelo.

No tengo mucho tiempo para hacerla hablar, la vieja llegará en 3, 2,...
—¿Qué haces Manuel? ¿No ves que es muy pequeña?
—Eh, que ya tengo casi 11 años.

Qué Petarda, es que no la soporto. A ver si se va la vieja...
—Venga, enana, desembucha.
—Nos vamos a Disneyland Paris
—¿Qué? ¡Vaya mierda! Yo no voy. Yo me quedo.
—Me ha dicho que Sofía también se puede venir.
—¿En serio?
—Sí
Esto lo tengo que confirmar con el viejo. ¿Le llamo? No, como la vieja sospeche algo fijo que se mete a dar por culo. Mejor por whatsapp.
—Q hay pa?
—Hola Manuel. ¿Te ha contado ya tu hermana lo del viaje?
—Sí, bueno, pero ¿de verdad se puede venir Sofía?
—Sí, claro. Así nos conocemos todos.
—¿Cómo todos? Tú ya conoces a Sofía.
—Sí, no te preocupes. Lo vamos a pasar fenomenal.

Bueno, ya me lo he quitado de encima, llevo la tarde con un dolor de estómago como cuando tuve la úlcera aquella. No importa, esta vez, todo va a salir bien. Seguro.
—Lucía, ya está. Ya he soltado la bomba. ¿Estás contenta?
—¿Y qué te ha dicho ella?
—Ah, está encantada, le hace muchísima ilusión.
—¿A tu ex le hace muchísima ilusión?
—Ah, no, a Marta.
—Ya, pero tu ex ¿qué te ha dicho?
—Lucía, no te preocupes por nada. Le vas a caer genial a mis hijos, ya lo verás.
—Vamos que no se lo has dicho.
—¿Qué más da lo que ella diga? Esos días los niños están conmigo y yo puedo llevarlos a donde yo quiera.
—Sí, si eso está muy bien. Pero ya verás cuando vuelvan diciendo que han ido con la nueva mujer de su padre, que además tiene cinco años más que su hijo mayor y que está embarazada de cuatro meses.
—Minucias Lucía, minucias.
Será mejor que me tome algo para el estómago, me está matando.

MI PRIMERA VEZ

RELATO ESCRITO CON ENFOQUE DE NARRADOR PROTAGONISTA.
Cuenta su propia historia. Relata los hechos desde su punto de vista, comparte sentimientos, pensamientos y recuerdos propios, pero no sabe lo que piensan otros personajes. Esto significa que su conocimiento es menor al del narrador omnisciente.

A mis 70 años, bueno, no voy a contar todo lo que me ha pasado o más bien los intentos que hice para hacerlo. Reconozco que lo deseaba mucho y muchas veces, pero no era fácil, me entraba mucho miedo y esto no es poco, el tema no solo dependía de mí, mis ansias y mis deseos de hacerlo, sino de encontrar las palabras y juntarlas para que expresaran mis sentimientos en aquel momento, pero me costaba mucho trabajo, porque se me amontonaban esas mismas palabras una encima de la otra, haciendo carreras para ver cual llegaba la primera y formar algo que mereciera la pena.

Cada vez que pensaba en aquello me sentía más joven, con mucha ilusión ante la novedad, quería vivir aquella experiencia cuando antes, me daba cuenta de que se me pasaba el tiempo y según le veía pasar me sentía menos conforme, mis exigencias iban aumentando, o más bien cambiando y me costaba mucho trabajo solo el hecho de pensarlo

Por otro lado, reconozco que buscaba un contenido y una expresión lo más perfecta para describir aquello. Me comía la moral, no me encontraba capaz de expresar mis sentimientos.

Decidí contárselo a mi amigo «Ojos Verdes », así le gustaba que le llamara. Le divertía verme inseguro, con muchas dudas para comentar lo que pasó aquella primera vez, no le importaba ponerse pegado a mí con el pretexto de escuchar mis palabras tristes.

Me dio mucho miedo, más bien mucho corte — como se dice—, contar a los ojos verdes, OV, que ya tenía 30 años. Lo más sorprendente es que me miró con sus grandes ojos y los cerró fuertemente como señal de que vale y que siga, que me está escuchando con atención y esto me calmó y me dio cierta tranquilidad para seguir. Y sin más empecé a hablarle sobre mis miedos de enfrentarme a aquella experiencia, pero creo que había llegado el momento de contarlo todo, como se dice, *con pelos y señales.*

Antes de empezar a contarle la experiencia ya me sentía relajado, ya me había quitado un peso de encima.

Era verano, junio, no sabía si usar un micrófono y grabarlo todo, porque no tenía la seguridad de que más tarde podía pasarlo a máquina o más bien a ordenador. O escribir a mano sobre un cuaderno de hojas blancas sin líneas, lo que me daba mucho miedo de torcerme y no saber más tarde leer lo que he escrito.

Me gustaría escribir y vivir esta experiencia, pero empecé con la gran duda, sobre qué, sobre mi vida, mis vivencias anteriores, las calamidades que he pasado o las experiencias y tantos momentos agradables y menos agradables que he vivido, todo me pareció que no tenía el valor suficiente para poderlo contar.

En aquellos momentos el trabajo ocupaba mi vida. Me di cuenta de que OV estaba sentado en la ventana, detrás de mí, escuchando mi relato, lo que iba a ser mi primer cuento.

Giré la cabeza y le pregunté

—Tú, OV ¿qué piensas?

Un largo silencio nos ha rodeado, nos tenía cogido por el cuello como una bufanda apretada a pesar de que el tiempo no era tan frío. Yo estaba sentado en una silla de las dos que había con una mesita redonda. Delante de mí el jardín y detrás, pegado a mí, se había buscado un hueco y se había acomodado en la ventana del salón escuchando mis quejas o mis pretextos para no escribir nada.

En aquel momento sentía la mano de OV. Sobre mi hombro y seguidamente acercó su cara a la mía y me pareció escuchar un susurro que me decía

—¿A qué esperas para hacerlo?, si tardas un poco más ya ninguna editorial te va a publicar nada.

—¿Por qué no? Aunque tienes razón, me van a pedir que al menos hay que preparar una Saga y lo cierto es que el tiempo no juega a mi favor.

—Siento decirte que tienes que escribir una obra entera —y acercaba su cara a mi mejilla como si quisiera acariciarme con su nariz dándome ánimos, esperanza, ilusión y gran dosis de cariño para que dejara de pensar en el tiempo.

No pude más que abrazarlo.

N. Khayyat

PEQUEÑAS HISTORIAS

RELATO ESCRITO CON ENFOQUE DE NARRADOR OBJETIVO.
Es un observador externo, solo sabe lo que observa.

El display anuncia que el tren está a punto de entrar en la estación.
Giro mi cabeza hacia el lado derecho del andén y compruebo que el tren se acerca. Se para, se abren las puertas, entro y me siento.
A mi lado se acomoda una señora de mediana edad. Media melena con canas, más gris que blanco. Vestida de modo informal, pantalón negro, gabardina beis y botines negros. Bolso en bandolera y paraguas que sujeta con su mano derecha. Su ropa mojada indica que le ha pillado la tormenta que acaba de caer en esta zona de la ciudad. Abre su bolso y saca un libro, me inclino un poco y bajo la cabeza para ver el título del libro, pero el esfuerzo no da resultado. Ella comienza a leer.

Enfrente se sientan dos jóvenes, chico y chica. Él, vestido con ropa deportiva y calzado a juego. Ella con un pantalón de pata ancha color negro y una camiseta blanca, sujeta un chubasquero y una mochila. Consigo entender un trozo de la conversación:
—Pues yo mañana no voy. Estoy harto de su clase –dice él.
—No lo hagas, porque al final puede bajarte la nota –le anuncia la joven.

A mi lado, pero de pie, hay un señor de traje azul marino que mantiene una videollamada:
—A mí el apagón me pilló llegando a casa, sí. Tuve que subir por las escaleras porque ya no funcionaban los ascensores. Pero oye ni tan mal. Una tarde súper tranquila. Y tú ¿dónde estabas?.
Como lleva cascos no he podido escuchar la respuesta.
—Ya te digo –continúa el señor del traje azul marino–. Escuché las noticias por la radio a pilas que conservo de mi padre. De las pocas cosas que conservo de él.

El tren para, las puertas se abren y entra mucha gente. Se van colocando a lo largo del vagón, algunos consiguen sentarse en los asientos vacíos. Se cierran las puertas y se reinicia la marcha del tren.

Un joven se levanta y cede su asiento a una mujer embarazada. Ella le da las gracias y se sienta.
Un niño empieza a llorar.
Se escucha a alguien que dice algo –no consigo entender lo que dice– pero casi a la vez empieza a sonar música y alguien comienza a cantar. Es una bachata que está de moda.
El niño sigue llorando.
La gente va levantando el tono de voz para hablar.

La mujer que estaba sentada a mi lado cierra el libro, lo guarda y se levanta. Se dispone a salir. El tren para y consigue salir con cierta dificultad.
Entran nuevos viajeros, de muy diversa índole.
Se sigue escuchando la música.
El niño continúa llorando.
Conversaciones telefónicas que se entrecruzan.

Unos se levantan de los asientos, otros se van sentando…

De repente mis ojos se abren, mis cejas se levantan, mi entrecejo se arruga y mi mano tapa mi boca. Me acabo de dar cuenta de que mi estación era la que ahora veo pasar desde el tren cerrado y comenzando su andadura hasta la próxima parada.

M.R.S.

PEREGRINO DE ORIENTE

RELATO ESCRITO CON ENFOQUE DE NARRADOR OMNISCIENTE.
Sabe todo de los personajes, lo que piensan, lo que sienten, sus planes, su opinión…

Lo paró en la esquina de aquella calle de esa gran ciudad, le murmuró unas palabras infantiles y un gesto que le decía: «Cómprale ese ramo de rosas blancas**».** Era el alma lunera, donde la primavera se refugiaba en la profundidad de sus miradas, y un luto oscuro cubría sus manos, como si desde hace tiempo la lluvia hubiese dejado de rozarlas con su ternura.

El señor, parado y aterido en la mitad de la acera, era un artista y le regaló una sonrisa. La doncella, mirándole fijamente, no quería gesto de risa; quería recorrer con sus dedos algún billete o alguna moneda. Con la mirada disimulada, sus ojos seguían a su madre y a su hermano lechal, arrinconados en la misma esquina.

La niña insistía al caminante, pero él no entendía el lenguaje persa, y al final sacó un dólar y se lo regaló con mucha armonía. Era muy afortunada la niña. Volvió a amanecer el sol en su cara, cogió el dinero con alegría, pero firme estaba: no dejaba al visitante caminar por su lado sin coger el ramo. Mirando a su hermanito, con la prisa de ir a comprar aunque sea una barra de pan, la niña se fue a la pared de esa esquina, golpeó los pétalos de las rosas, que se cayeron a pedazos sobre la tierra, y exhaló palabras suaves en el oído del caballero, como si le estuviera diciendo: «Fiel a su promesa, esas flores no se venderán a otra persona». Se apartó la muchacha y le dejó marchar con una sonrisa.

Años más tarde, volvió el extranjero a visitar esa ciudad, al mismo lugar. En aquella esquina había un campo de rosas blancas como la nieve polar. Un puesto de rosas, y dentro, una gitana madura que guardaba entre sus brazos su alma pequeña. El hombre, mirándola, mudo y sin palabras, dio media vuelta para irse. La chica reconoció su cara y le dijo: «Peregrino de oriente». Se le acercó en la misma acera. Esta vez, el payo aceptó el ramo de rosas.

El pasajero, feliz, se alejó de aquel lugar. Se dio cuenta de que los pétalos destruidos en aquel tiempo, fieles a la honestidad de su dueña, habían crecido de nuevo, más y más, testigos de que dos almas pueden encontrarse de nuevo aunque estén separadas por la luna.

Lorca el Palestino

(Walid El Ali Metragi)

LA PLAZA MAYOR

RELATO ESCRITO CON ENFOQUE DE NARRADOR OMNISCIENTE.
Sabe todo de los personajes, lo que piensan, lo que sienten, sus planes, su opinión…

Andrés decidió dar un paseo por la plaza antes de acudir a la entrevista de trabajo que tenía en la Central de Recursos Humanos. Sus pisadas producían eco, como en la película "El tercer hombre". La luz mortecina de un farol, bajo el arco a la entrada a la plaza, absorbía la oscuridad, donde el halo nebuloso imita a la puerta del cielo. Las últimas polillas noctámbulas revolotean alrededor del farol que se esconde a la derecha del arco.

El alba huele a humedad. La niebla procedente del río da blancas pinceladas, abriendo y cerrando arcos, como un guiño. El vaho de una rejilla del metro asciende haciendo, a capricho, volutas en el aire.

La plaza muestra su primera cara, la cara del alba.

Los adoquines muestran su brillo acharolado. Pasos perdidos anuncian la presencia de caminantes. La prisa está aún por llegar. Los noctámbulos, de andar vacilante, buscan la última copa.

Casi tropezó con el bulto embozado en un saco de dormir, bajo el quicio del soportal de una tienda. A su lado dormitaba un perro blanco y negro, mitad lobo mitad setter inglés, custodio de un carro de supermercado lleno de bolsas

El fuerte olor a café y el silbido del vapor de una cafetera, que salía de un viejo bar con mostrador a la calle, despierta cualquier letargo.

Andrés se acomodó en su interior y mientras desayunaba, vio sentado frente a la puerta, al can que acababa de ver junto al vagabundo.

Un hombre, de edad incierta y rostro curtido, ordenó al perro que se echase, pasando a continuación al servicio. Una vez aseado se dirigió al mostrador de la calle situándose el animal junto a él. El camarero sirvió una barrita de pan con mantequilla y mermelada, unos churros, café con leche y diario "El Mundo". Con avidez buscó la página económica. Y dijo al camarero, con elocuencia, que convenía reinvertir dividendos y comprar acciones a la baja para aumentar el número de ellas y esperar tiempos favorables para hacer caja. Alguien quiso invitar al vagabundo, pero el camarero dijo que Don Matías, así se llamaba el vagabundo, no admite invitaciones y que tiene cuenta abierta en el establecimiento.

Lenta avanza la mañana con las carretillas de reparto haciendo sonar toda su estructura y contenido al rodar sobre los adoquines. Cuando la apertura del cierre de los comercios, uno tras otro, con su ronco sonido, anuncian el inicio de la jornada.

La entrevista resultó interesante, una oferta para trabajar en Guatemala. Contestación máxima en tres días.

Ávido corre el día con las mesas perfectamente alineadas que muestran toda su vitalidad, donde el bullicio multicolor esparce todo su colorido. El olor a calamares rebozados para bocadillos inunda todo el ambiente.

Don Matías saca una flauta travesera e interpreta la Suite 2 de Bach. Al terminar la composición, una joven se levanta de su mesa y le pone en la gorra un billete de 20 euros. Don Matías le pregunta si es alemana, ella le dice que es de Salzburgo, Austria. Sorprendentemente mantienen una grata conversación en alemán. Ella solicita el Aria de Bach, que interpretó con maestría. Con el aplauso de la audiencia, la joven, con viva emoción, le da un beso en la frente y desaparece entre la muchedumbre.

La plaza se convierte en escenario teatral; con su gran explanada, su contorno de arcos, mesas, sillas y actores del día a día. El espacio se llena de ilusiones, anhelos, experiencias, encuentros y despedidas, risas y llantos, juegos infantiles al escondite, besos robados y caricias. Con timidez la luz natural comienza a retirarse, dando paso a una tenue luz artificial. Los actores del día a día comienzan a hacer mutis por los arcos. Las mesas, vaciándose. Los cierres con su caída violenta guillotinan al día en el cadalso de la noche. El silencio llama al silencio. Los vagabundos caminan con sus cartones, buscando un rincón donde pernoctar. La niebla, densa, se posa sobre la plaza trayendo el escalofrío. Entre la bruma surge una figura con la altiva capa española y sombrero Stetson. Con paso firme y elegante se aleja, dejando tras de sí un halo de misterio antes de penetrar en la niebla, y el recuerdo de las notas de la Suite 2 de Bach.

Angel López González

TIBURONES EN PLAYA BRAVA

RELATO ESCRITO CON ENFOQUE DE NARRADOR DEFICIENTE.
Los conocimientos que transmite son limitados, menos que los que tienen los personajes. No tiene la capacidad de comprender lo que sucede. Siembra la sensación de que faltan piezas del puzzle.

Un coche azul desvencijado aparcó con vehemencia sobre la acera en la entrada del hotel Splendid de Playa Brava. Un personaje, con gafas oscuras y aspecto vulgar, se apeó sin prisa del vehículo. El inspector jefe Sexto Fagúndez marchó hacia los aseos de la planta baja. Unos minutos más tarde pasó al bar del hotel. El forense policial trabajaba sobre un cadáver ensangrentado, vestido con bañador y chanclas. Yacía en la puerta de comunicación entre el bar y la piscina. Fagúndez miró el cadáver, se encogió de hombros y preguntó al doctor Dos Santos sobre su peritaje. El forense le señaló cuatro perforaciones en el cuerpo de la víctima. La sargento detective Déborah Verínez había llegado antes que el inspector. No había hallado ningún arma en las inmediaciones. Tampoco al pistolero. Los casquillos eran de una 38 corta. Un disparo había impactado en el reloj del bar, detenido a las 14.33. Era uno de los últimos días de verano en la isla.

El responsable de seguridad del hotel, un tal Clamson, sueco, recién contratado, había aparecido en el lugar de los hechos un minuto después de los disparos. Cerró el hotel, llamó a la policía y recorrió los alrededores sin resultados, según relató a Fagúndez. El inspector arribó veinte minutos después de la llamada. Venía del puerto pesquero donde encontraron un velero deportivo, abandonado, con una carga de artefactos extraños. El inspector pidió acceso a las cámaras de vigilancia y a los registros de clientes y trabajadores. Se sentó a fumar, al borde de la piscina. No permitió a los turistas regresar a sus cuartos, observaba con detenimiento a cada uno de ellos y ellas.

Roger Tanu se había registrado esa mañana en el hotel. Presentó un pasaporte de Nueva Zelanda y pagó dos noches por anticipado en efectivo según avisó el conserje a Fagúndez. Luego encargó una comida para las dos de la tarde en el bar, cogió una toalla y un bolso, y marchó hacia la piscina. Su descripción coincidía con la de la víctima en el bar. El inspector subió a revisar la habitación . Los documentos y algunos miles de dólares en efectivo estaban en la caja de seguridad del cuarto, abierta por el sueco Clamson con un código maestro. El pasaporte mostraba a un hombre joven, con rasgos polinesios. El doctor Dos Santos incluyó en el informe un indescifrable tatuaje de signos en el glúteo izquierdo. Fagúndez identificó oficialmente a Tanu como el bañista acribillado en el bar. El inspector sonreía al registrar los datos en su libreta de bolsillo.

De vuelta en su despacho, el inspector llamó a Verínez que había regresado con él desde el hotel. La joven, transferida la semana anterior desde otra ciudad, rubia, alta y espigada, con llamativos aretes de hipocampos, estaba en el ordenador buscando pistas sobre el yate «Nativitas», el velero abandonado en el puerto. Fagúndez le ordenó dejar el tema y trabajar con lo del Hotel Splendid.

El inspector no concilió el sueño en la noche. Especulaba con varias hipótesis de lo sucedido. ¿Quién era Roger Tanu y quién lo había matado? ¿Qué hacía en Playa Brava? ¿Cómo pudo escapar el asesino si el hotel había sido clausurado un minuto después de los disparos? A las seis de la mañana estaba Fagúndez en su despacho. Se sirvió café y abrió el ordenador. Recibió los datos de los clientes y empleados del hotel. Elaboró una lista de sospechosos: conserje,

camareros, algún cliente (en particular un australiano y un chino arribados ese mismo día). A las siete y quince entró Déborah. Salió tres minutos más tarde hacia el hotel para recoger la declaración de hasta nueve sospechosos preliminares, según la lista de Fagúndez. ¿Dónde estaban a las 14.33 del día anterior?, era la pregunta esencial. El inspector había descartado con seguridad la participación física de alguien del exterior en la ejecución de Roger Tanu.

Volvió Fagúndez al tema del yate. La licencia de navegación había sido expedida en Nueva Zelanda, propiedad de una empresa turística de Samoa, de donde había partido. Un asistente había constatado que los signos tatuados en el glúteo de Tanu coincidían con un símbolo maorí, pintado en la popa del velero. Interesante coincidencia pensó el inspector. Continuó con las anotaciones en su libreta. Nuevas informaciones entraron por el ordenador. Comparó la pantalla con la libreta y cerró bruscamente ambas. Se comunicó con la sargento en el hotel, y le ordenó suspender las declaraciones de los sospechosos hasta su llegada.

El inspector había descubierto que las cajas de seguridad del hotel sólo podían ser abiertas con la intervención de un experto. No existía el tal código maestro que el sueco Clamson utilizó. Ya conocía las claves de la caja de Tanu. La policía neozelandesa confirmó por internet la identidad de la víctima. Era un ex militar que integraba un grupo mercenario conocido como «Tiburones Blancos». La policía sueca informó a su vez que Clamson registraba como domicilio una dirección en Samoa. Tenía antecedentes por tráfico de armas.

Sexto Fagúndez viajó en su coche con problemas mecánicos hasta el hotel. Buscó al sueco y le pidió el arma que portaba como jefe de seguridad, una pistola 38 corta. Comprobó el uso y limpieza reciente de la misma. Después de esposar a Clamson, que se negó a hablar, lo dejó en custodia de Verínez. Pero tenía una duda: ¿cómo pudo haber sido Clamson quién disparó a Roger Tanu si llegó al bar un minuto más tarde? ¿Quién había matado a Tanu con la pistola de Clamson?

Fagúndez volvió a repasar las cámaras de vigilancia del bar y la piscina. Llamó su atención una joven con casco y gafas de natación, sentada de espaldas a la cámara en el borde de la piscina. Su piel no parecía estar mojada. Otro detalle definitorio también saltó a su vista. Fagúndez volvió al hall del hotel y se dirigió a la sargento Verínez que esperaba instrucciones junto a Clamson.

—Sargento, debería tener usted más cuidado con esos preciosos aretes de hipocampo plateados; a lo mejor se arruinan o se pueden perder si se sumerge con ellos en la piscina.

El informe del inspector Sexto Fagúndez para el juzgado imputaba a Déborah Verínez y Bjorg Clamson por el homicidio de Roger Tanu. Fueron descubiertos en sus móviles incautados, mensajes cifrados de ambos con los “Tiburones Blancos”. Incluso había indicios de intervención de algún servicio secreto extranjero. El inspector estimó que ya no era su responsabilidad entrar en esa compleja dimensión de asuntos. Consideró su caso de investigación por homicidio cerrado y llevó al taller su viejo coche azul destartalado.

© Peter Rolon – Mayo 2025 – Biblioteca María Lejárraga – Prof. Ana Isabel Ramos

UNA MANIOBRA PELIGROSA

RELATO ESCRITO CON ENFOQUE DE NARRADOR SOSPECHOSO.
El narrador engaña al lector donde la historia no es como te la está contando desde el principio. El final es sorprendente. En algún momento se produce un punto de giro.

Lo primero que hizo Ramón al despertarse fue acercarse a la ventana para comprobar el tiempo en el exterior. El viento azotaba las ramas de los árboles que se movían violentamente en el parque frente a su casa. Arrugó la nariz y soltó un chasquido con la lengua: iba a ser complicado colocar la gran viga maestra de hormigón con este vendaval.

El lugar donde estaban construyendo el puente nuevo lindaba con una vía de mucho tráfico que había sido imposible cortar, tendrían que extremar las precauciones. Por un momento pensó que quizá el capataz decidiera aplazarlo.

Con el corazón en un puño, se duchó, se vistió deprisa y ni siquiera se detuvo a desayunar. Deseaba llegar cuanto antes a la obra.

Ya desde el autobús vio la gran pieza gris que pendía de la grúa sobresaliendo por encima de los tejados rojos de los almacenes portuarios. Ramón creyó ver que la pluma se balanceaba con su pesada carga.

Al llegar, tras saludar al guardia de seguridad, se apostó donde siempre junto a varios compañeros. Las ráfagas de viento producían un zumbido inquietante al mover las bandas de plástico que delimitaban el perímetro de la obra.

—Tendrían que haber cortado la calle —le dijo Ramón a Santiago, apostado junto a él, alzando la voz por encima del ruido envolvente.

—Confiemos en los operarios —gritó éste sin apartar la vista de la grúa—, hasta ahora su trabajo ha sido impecable.

El viento empujaba las nubes hacia el norte impidiendo la lluvia, pero su fuerza no dejaba de arreciar. Ramón observó cómo volaban varios plásticos y cartones dentro del perímetro de la obra y se pasó la mano por el cabello.

La gran viga mecía todo su peso cerca del límite de la calzada. Se estaba desviando. Parecía que el gruista no conseguía hacerse con la enorme máquina.

—¿Es que no ve que va a caer? —gritó Ramón caminando hacia donde estaba el capataz.

Se había formado un corrillo de gente al otro lado de la calzada, un montón de cabezas vueltas hacia arriba. El aire estaba seco y solo el ulular del vendaval rompía el silencio.

Ramón no pudo aguantar más y se acercó todo lo que pudo a la grúa.

—¡A la derecha! ¡Mueve la pluma a la derecha! Así. Ahora baja un poco —gritó con toda la fuerza que le permitía su garganta—. ¡Despacio, más despacio! ¡Para! ¡Qué pares! Ahí. Ya estás encima. ¡Abajo, bájala!

El pánico alargó los segundos, que se volvieron eternos, hasta que la grúa consiguió moverse en la dirección correcta y, por fin, colocó la viga sobre los pilotes de cemento que la esperaban.

Ramón oyó aturdido cómo la gente prorrumpía en aplausos. Entonces se dio cuenta de que tenía la camisa empapada. Con mano temblorosa sacó un pañuelo y se secó la frente.

El guardia de seguridad, que había visto el espectáculo desde la garita, se atrevió por fin a acercarse a los ancianos.

—¡Bueno, señores, distancia de seguridad, se acabó el circo! —les gritó, muy valiente ahora.

El estómago de Ramón hacía ruidos en el vacío y el viejo se dio cuenta de que no había desayunado.

—¡Vámonos! Aquí ya no hay nada interesante que ver por hoy —le dijo a Santiago —. Te invito a un café.

Los dos viejos, sujetándose la gorrilla con una mano, se alejaron en dirección al paso de peatones.

Susana G.G.

VIOLETA Y LA PRIMAVERA

RELATO ESCRITO CON ENFOQUE DE NARRADOR OBJETIVO.
Es un observador externo, solo sabe lo que observa.

El sol inundaba con su luz toda la habitación, Violeta surgió de entre las sábanas de mi cama, muy despacio se puso de pie y se dirigió hacia la ventana, abrió los brazos, pareció que su cuerpo se agrandaba y dejó que los rayos de sol con su calor y su luz la envolvieran completamente, exhibiendo su espléndida desnudez me miró y en sus ojos y sus labios apareció una sonrisa de plenitud.
Definitivamente había llegado la primavera.

JAVIER GRACIA GARRIDO